



Piedad Popular, en las categorías de identidad, encuentro, acogida y experiencia

Marco A. Ordenes Fernández*

Sumario

La piedad popular constituye un precioso tesoro de la Iglesia católica en América latina en medio de una sociedad que experimenta una creciente secularización. Frente al desafío de una nueva evangelización y misión continental permanente, esta expresión de mística popular contiene elementos que no pueden ser desconocidos en la transmisión y comprensión de la Fe. Este artículo reflexiona en torno a las categorías de identidad, encuentro, experiencia y acogida, como elementos clave en la evangelización y presentes, a nivel de categorías existenciales, en la piedad popular. La dimensión discipular del creyente se genera en el encuentro que es experiencia de acogida con la Buena noticia de Jesús y su Evangelio, generando una identidad que marca no sólo a la persona, sino a la comunidad, y que muestra la presencia de Dios en su historia y cultura.

* Obispo de Iquique, Chile; Responsable de la Sección de Piedad Popular y Santuarios, del Departamento de Misión y Espiritualidad del CELAM.



Palabras clave: Piedad popular, Identidad, Encuentro, Acogida, Experiencia, Catequesis.

Sumário:

A piedade popular constitui um tesouro precioso da Igreja católica na América Latina no meio de uma sociedade que experimenta uma crescente secularização. Diante do desafio de uma nova evangelização e missão continental permanente, esta expressão da mística popular contém elementos que não podem ser desconhecidos na transmissão e na compreensão da fé. Este artigo reflete sobre as categorias de identidade, de encontro, de experiência e de acolhida, como elementos chave na evangelização e presentes, em nível de categorias existenciais, na piedade popular. A dimensão discipular do fiel é gerada no encontro que é experiência de acolhida com a Boa notícia de Jesus e de seu Evangelho, gerando uma identidade que marca não somente a pessoa, mas também a comunidade, que amostra a presença de Deus em sua história e cultura.

Palavras chave: Piedade popular, Identidade, Encontro, Acolhida, Experiência, Catequese.



Introducción

La piedad popular se nos muestra como un tesoro, no sólo de fe, sino que da vida y memoria a un pueblo que, descubriéndose a si mismo peregrino, la vive como fuente de identidad y esperanza. La piedad popular posee una rica expresión de catolicismo inculturado, constituyendo un precioso tesoro de la Iglesia católica en América latina. Y esto no es una cuestión menor, cuando se evidencia una sociedad que progresivamente experimenta los fuertes vientos del secularismo. La Piedad Popular es una verdadera fuente de esperanzas que el Espíritu ha suscitado para la vida e identidad cristiana de nuestros, la que requiere ser mejor comprendida, protegida y promovida por parte de todos los miembros de la Iglesia, especialmente por sus pastores.¹ Por otra parte, esta manifestación de fe, que atraviesa los diversos estratos sociales, está constituida no sólo por elementos de referencia folklórica, sino que contiene los rasgos distintivos de una auténtica y legítima espiritualidad cristiana.²

El presente artículo quiere ser una reflexión en torno a la presencia en la Piedad Popular de algunas categorías como identidad, encuentro, experiencia y acogida, que resultan muy importantes al momento de realizar una comprensión de lo que ellas significan en la evangelización, transmisión y penetración de la fe en la profundidad y totalidad del ser humano, en su ser y hacer.

La Iglesia, comunidad de bautizados, está llamada a realizar el anuncio permanente del Evangelio, y Aparecida, ha vuelto a formular

¹ DA, 258,35,37

² DA, 263,264



la dimensión discipular como la base fundamental de la vida del cristiano y de su testimonio misionero; y esto lo ha hecho en relación a la experiencia del encuentro como la raíz que da inicio al proceso del discípulo misionero³. Por otra parte, la dinámica del encuentro ocurre en una realidad propia que es identitaria de la persona. La identidad es una reflexión que también nos urge desde la experiencia de la fe, pues esta alumbra y también guarda el patrimonio fundante de una persona, de un grupo social y de un país. Varios países latinoamericanos, comienzan a celebrar el bicentenario de su independencia; y frente a la globalización, los amplios procesos migratorios, los nuevos desafíos con el milenio que se inicia, exigen una reflexión sobre la identidad de la nación, donde la fe cristiana, mestiza en su expresión, es parte constitutiva de esta identidad patria.

Este texto quiere animar un proceso de reflexión en torno al valor que posee la Piedad Popular en estas categorías de tal manera que, no sólo se le descubra como una dimensión valorable pero no implicante, sino que por el contrario, necesariamente a tener en cuenta al momento de realizar el anuncio del Evangelio en nuestro continente mestizo.

No habrá verdadera encarnación del Evangelio si no tomamos en cuenta, y valoramos en sus verdaderas dimensiones los aportes de la Piedad popular, pues *“en el ambiente de secularización que viven nuestros pueblos, sigue siendo una poderosa confesión de Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe”*.⁴

Al utilizar el término Piedad Popular, siguiendo la distinción del Directorio de Piedad Popular, queremos referirnos a la presencia de estas categorías, en las expresiones de una religiosidad popular de identidad y confesión cristiana, que es el gran sello del fervor popular latinoamericano.⁵ Por otra parte, el uso de la palabra categoría, quiere referir a un elemento de sustancialidad e importancia cuando este se coloca en relación a otros. Al utilizar esta palabra, queremos destacar el valor que tiene la identidad, el encuentro, la acogida y experiencia, tanto en la evangelización como en la misma Piedad Popular.

³ DA, 243,245

⁴ DA, 264

⁵ Cfr. *Directorio de Piedad Popular*. Congregación para el Culto Divino y la disciplina de los sacramentos, 9-10. Editrice Vaticana, Vaticano, 2002.

1. La categoría de la identidad

La identidad es una demanda que, en sociedades que avanzan a la globalización, requieren horizontes como una necesidad que dé sentido, o por lo menos, enmarque la experiencia común. Es una necesidad de los pueblos, los Estados, la familia, para no “diluirse” en medio de un mar humano cada vez más cosmopolita y transculturado. Se necesita saber qué es lo propio, qué es aquello que lo individualiza y entrega una auto comprensión particular y peculiar.

Según algunas tendencias de la psicología contemporánea, la identidad del sujeto surge del complejo de las representaciones actuales y recuerdos con un peso afectivo. Así este complejo psíquico va experimentando cambios al integrar nuevas vivencias. Se conecta al pasado con las huellas que este deja y que la memoria registra y guarda, garantizando al “yo” su continuidad⁶. Pero desde aquí, descubrimos que la conciencia significativa no sólo es producto de la acumulación de hechos en la memoria sensitiva; sino que la significación de la experiencia se realiza en un centro de interna coherencia, al que Aristóteles llamó “mens” y que hoy podemos llamar conciencia interior. En este punto se recoge toda nuestra capacidad intelectual y sensitiva; y es donde hacemos la experiencia de la identidad, íntimamente ligada a la memoria. Santo Tomás de Aquino le llamó “alma” y siguiendo a Aristóteles, afirmó que la conciencia de su existencia está dada por el acto de su “presencia habitual”, en cuya “permanente noticia de sí” se desarrolla la base de la experiencia de la identidad propia⁷.

La memoria, como una facultad interior que elabora lo que recoge de la información de los sentidos exteriores, constituye un elemento propio de la naturaleza de la conciencia. En la memoria del ser humano, no sólo ocurre el fenómeno de la “memoria espontánea y de asociatividad”, propia de los reflejos condicionados, dado principalmente en los animales, sino que en la memoria del hombre ocurre un acto de “reminiscencia” que da a las cosas pasadas una particular significación⁸. Sin querer detenernos a profundizar en este admirable

⁶ Cfr. *Psicología e vita spirituale*. Ed. San Paolo. Roma, 1998. pp 25ss

⁷ Cfr. *Summa Theologiae* I q. 87 a. 1. En: Fabro, C., *Percepción y pensamiento*, Ed. EUNSA, Pamplona 1978. p 191-195.

⁸ Cfr. *Psicología e vita spirituale*. Ed. San Paolo. Roma, 1998. pp 30.



proceso, resulta interesante destacar que la memoria humana, no sólo realiza codificaciones de experiencias nocivas o placenteras (propio de la memoria animal) sino que el intelecto establece vínculos entre los hechos y la información significativa que posee, interpretándolas con categorías de tiempo.

La memoria permite entonces a la conciencia, describir la ruta de la identidad, al ir proporcionando la acumulación de los “hechos vividos”, para que puedan ser comprendidos significativamente. Esta intelección significativa, produce la identidad, la que podemos comprender como “el vínculo entre lo que soy y lo que he vivido”. Esta unión intelectual es un vínculo que, implicando todos los sentidos, genera la profunda conciencia que nos establece en la percepción de lo que somos. No es por tanto, el relato sistemático de hechos, es algo mucho mayor. La identidad es la conciencia de “la conciencia de comprender lo que soy”.

Esta identidad, generada en lo más hondo de las raíces de lo humano, surge por el aporte de los hechos vividos en el tiempo que los va aquilatando como un tesoro. Desde esta afirmación, podemos preguntarnos: ¿Cómo evidenciamos esta categoría esencial de la persona y de la sociedad en la piedad popular? ¿Cómo contribuye a la misma identidad del individuo y de la sociedad?

La piedad popular, está construida en el tiempo en base a esos elementos fundantes de la memoria de un pueblo, acontecimientos que han adquirido significación intelectual y afectiva, en los cuales se ha producido la búsqueda y encuentro de Dios desde la experiencia de la fe transmitida y de su ethos cultural, permitiendo vivirla y celebrarla con categorías existencialmente significativas, que han quedado grabadas a fuego en la conciencia personal, familiar, de un pueblo e incluso de un Estado, como es el caso de muchos países en Latinoamérica. Podemos afirmar entonces que, la Piedad Popular es un ethos identitario, en cuanto constituye un arca que guarda hechos significativos para la construcción de la identidad; pero no al modo de una bodega de acumulación clasificada por el tiempo, sino que tiene una condición de “actualización” al estar presente en la realidad de una conciencia que hace conciente de sí. Este ethos identitario que descubrimos en la Piedad Popular, tiene su propia identidad, pero

que se enraíza y construye en la identidad más amplia y compleja de la persona y la comunidad. Su mismo nacimiento se une e implica a la identidad del otro y los otros; y esto no es menor. De allí, que su presencia en la vida de nuestros pueblos es presente y vigente; pero a la vez la presencia de la identidad del pueblo y la persona es necesaria en su propia identidad. Intentado profundizar en este aporte de la piedad popular, aproximémonos a descubrir su propia identidad en el vínculo con la identidad personal y colectiva en los aspectos que a continuación desarrollaremos.

Identidad de una fe que es cristiana

Se ha discutido abundantemente las diversas situaciones vividas en torno al descubrimiento y conquista de América y el proceso de evangelización. Buscando ir más allá de las situaciones particulares, es posible afirmar que el encuentro con la fe cristiana del continente, produjo un verdadero descubrimiento de la noticia de Jesucristo. Descubrimiento que fue acogido y aceptado por la mayoría de los pueblos indígenas, a pesar de las sombras que también tuvo. Sin embargo, al mirar la historia de este continente, la fe cristiana tocó la puerta del corazón amerindio y mestizo, acogiendo al Dios de Jesucristo, y esto ocurrió mayoritariamente en el seno de la familia de la Iglesia católica.

La identidad católica de este continente se fue fraguando en la experiencia de una síntesis que, por el auxilio mismo del Espíritu, fue uniendo en el pueblo sencillo la memoria de una fe recibida con la experiencia de una identidad cultural propia. El pueblo fue capaz de generar una verdadera síntesis que permitió expresar la verdad de la fe cristiana sin abandonar el patrimonio de su identidad cultural, en un culto festivo, siempre esperanzador e íntimamente personal y comunitario, con una clara identidad católica, y una catolicidad hispana, proceso que sigue ocurriendo hoy. Como hemos dicho anteriormente, si bien se pueden encontrar antecedentes contrarios a lo anteriormente formulado, o intentos de negar este proceso de síntesis; no es posible ocultar la evidencia de una identidad cristiana, que resolvió en una síntesis, no siempre comprendida por nuestra argumentación racional o de las elites intelectuales, el proceso de la conciencia de la presencia del Dios cristiano en medio de todo el ser y hacer de un pueblo creyente.



La cultura latinoamericana está marcada por este hecho, haciendo un elemento arquetípico para la identidad común. Un peligro sería comprender esta realidad como una cuestión ocurrida en un momento, pensando que se encierra en sí misma y que no puede experimentar desarrollo como condición de identidad. Todas las culturas no son cerradas en sí, sino que se abren al aporte, no sólo externo, sino al propio proceso de maduración que van realizando sus miembros.⁹

Identidad que se expresa en la cultura de un pueblo

Pero la síntesis producida en la América mestiza, no fue un proceso unilateral, todo lo contrario; la misma palabra síntesis refiere a una tarea no simple y de mutua implicación. Así, la cultura mestiza del continente es producto de este proceso de permanentes implicaciones. Esta dialéctica generó una nueva mirada, un nuevo horizonte, marcado por la vivencia y memoria de Dios revelado en Jesucristo, y su presencia modulada por la raíz propia de un pueblo que no perdió su condición fundamental y arquetípica de comprensión del cosmos. El cristianismo vino a plenificar lo que estaba presente como “semillas y presencias mismas de Dios”. Así hoy, nosotros, somos hijos e hijas de una cultura que está marcada por la tradición católica popular, y que inyectó de valores cristianos muchos aspectos de la existencia: el respeto a la vida, el valor de lo sagrado, la conciencia solidaria, el respeto por los lazos de unión, el amor a la Patria y la familia, etc.¹⁰

La identidad cultural de nuestros pueblos está marcada por la presencia y valor de lo sagrado. Dios está mucho más presente en la conciencia y en la vida, cuestión que se vuelve difícil de comprender y aceptar, frente a quienes formulan una sociedad que sea indiferente a lo religioso y distante de lo cristiano¹¹. Allí está por todas partes la presencia

⁹ Cfr. Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe, 1 Benedicto XVI.

¹⁰ Cfr. Algunos de estos valores fueron decididamente nuevos e incluso contrarios a culturas locales como el caso de la azteca frente al respeto por la vida humana, especialmente del enemigo. Cfr. Clodomiro L. Siller Acuña: *La evangelización guadalupana.*, México, D. F.: Cuadernos Estudios Indígenas 1, 1984. pp 23.

¹¹ Existen diversos tipos de críticas y de sectores contrapuestos. Un grupo de críticas proviene del interior de la Iglesia: algunos de tendencia purista y otros que plantean la piedad popular como profanación del contenido del mensaje paganizándolo. Otro



de los innumerables actos de Piedad popular: desde los multitudinarios en los santuarios a los más escondidos en la vida familiar y personal, marcando el modo de comprender el mundo. Y si bien, está unido a un patrón heredado, se vuelve a confirmar en la libertad de las nuevas generaciones, al hacer propias las tradiciones de los padres y de los abuelos. Expresiones como: “mis papás me llevaban al santuario desde pequeño, ahora yo llevo a mis hijos para que sigan la tradición”, son el testimonio por el cual se vuelve a renovar la identidad religiosa de muchos en las actuales generaciones de creyentes; y que se identifican con las manifestaciones vividas y fortalecidas en el tiempo.

La identidad religiosa se ha vivido hondamente unida a la experiencia de la realidad de las personas en el contexto histórico, político y social. Así, los procesos de emancipación en América latina, han quedado íntimamente unidos a declaraciones explícitas de fe y actos de Piedad popular, como los ex votos de tantos próceres y proclamaciones juradas de invocación a la Madre del Señor. En la construcción de la identidad del país, la presencia de la identidad cristiana, a través de las expresiones de la Piedad Popular son innumerables; marcando los momentos cruciales de la historia, tanto en los triunfos y derrotas; como en calamidades naturales y situaciones de tensión y drama social¹².

La Patria, en su contexto de pueblo latinoamericano, al hacer memoria de su identidad, no puede desconocer la presencia y aporte de la fe cristiana tan arraigada a su nacimiento y desarrollo. Desconocer este dato, o clasificarlo como una información lateral, es desconocer los elementos constituyentes del alma de las naciones de la América mestiza y creyente.

La presencia de la fe popular en la identidad de un país, es un dato primario que marca su identidad y expresión cultural. La gran

grupo proviene de tendencias agnósticas que se sienten guardianes de lo étnico y popular. Para ellos la Piedad Popular es un colonialismo del catolicismo destructor de la identidad indígena. Cfr. Maldonado, Luis. *La Religiosidad Popular*. Tomo I: Antropología e historia. Ed. Anthropos. Barcelona. Ed. Edición, 2003. pp 38-39.

¹² Cfr. Madianes, M. Caracterización de la Religión popular. En: *La Religiosidad Popular*. Tomo I: Antropología e historia. Ed. Anthropos. Barcelona. Ed. Edición, 2003. pp 44-48.



mayoría de las manifestaciones culturales de América latina están unidas a las expresiones de la Piedad Popular. El proceso migratorio ha dejado antiguos pueblos en verdaderos caseríos abandonados, pero que vuelven a tener fuerza cuando suena la banda que recorre las calles del pueblo anunciando la fiesta del santo patrono. Vuelve el color, la danza, la música, el incienso, los ritos, la procesión, el banquete social y fraterno; y con ello, se recrea la identidad, no sólo la personal sino la de un pueblo, que seguirá uniendo lo humano y lo divino para encontrar en esa síntesis la memoria viva de quién es.

Las nuevas culturas emergentes, tan complejas de definir, presentan la cuestión religiosa como un elemento privado aún en el ámbito social. A esto se resiste la expresión de la Piedad Popular, porque esta implica siempre la presencia del otro, nunca se es solo. El individualismo no tiene espacios en el corazón de la Fe Popular. La conciencia de la presencia de Dios en la vida, permite establecer aquellos diálogos y encuentros fundamentales que nos otorgan una identidad religiosa y dialogante con Dios, consigo mismo, la comunidad y la naturaleza, sacándonos de la tentación del encierro egoísta del yo en su autoreferencia.

Identidad que genera esperanza

La identidad es una cuestión que implica el presente. Si bien se construye con el aporte del tiempo vivido, tiene su presencia en la conciencia permanente del ser en el presente. Y es allí, en el hoy, donde su presencia marca las opciones y decisiones de los caminos a seguir. El actuar del presente requiere la presencia de la identidad pues en el presente, se fecunda el futuro y se trazan los virajes del compás de ruta en una navegación que pone en marcha la vida, alejándonos de la “amnesia del ser” producida en el actuar fáctico sin la conciencia presente y activa de su identidad.

La piedad popular contribuye a generar una identidad que se descubre no desprovista del cuidado de Dios. Posee la bella característica de descubrirlo como “siempre presente” y fuente de misericordia, donde todos tienen clara conciencia que pueden acudir, incluso cuando las opciones de la vida pudieran ser opuestas al planteamiento

del Evangelio.¹³ Posee el don de hacer a Dios presente en la realidad misma de la vida, como recuerda el documento de Aparecida.¹⁴

La presencia de Dios providente en la vida, genera una visión del mundo que es cósmica y no caótica. Esta intelección, guardada en lo profundo de la cosmovisión amerindia, descubre que Dios, el Trascendente, está totalmente presente en la marcha de los días y las estaciones, en el devenir de los momentos de la vida. Dios está allí, y esta es una verdad que tiene su comprobación en la misma experiencia de existir. La vida que florece en la “madre tierra, pachamama”, que sostiene el aliento de los animales, genera el ciclo de la vida y de la muerte, el aliento de la vida en el ser humano, es el testimonio de la providencial presencia de Dios. Aquí, radica el mirar entonces el presente como una realidad sostenida y vinculada en Dios y el futuro, como una potencialidad de vida que proviene del mismo Dios que ya está presente. Sin duda, que esto da una mirada de esperanza, porque el Dios providente de Jesucristo, es el Dios que alimenta a los pájaros y viste con belleza a los lirios del campo y sostiene el aliento de la vida, nunca olvidándose de los suyos. Y ante la cuestión del sufrimiento y la injusticia, que han marcado la historia de nuestros pueblos, no existe una huida enfermiza, que intenta desconocer esta realidad, como ocurre en muchos parámetros de la modernidad, sino que lo hace suyo. Sin intentar comprender los secretos de los designios de Dios, se vuelve a la humildad de la “incomprensión confiada” pero que es profunda comprensión de la vida.

La piedad popular genera en el corazón del creyente una actitud positiva ante la vida que nunca es vencida por la adversidad; más bien ésta se mostrará como una oportunidad de mostrar el designio y la bondad de Dios.

Por otra parte, la generación del optimismo, otorga fuerzas al individuo para descubrirse en un conjunto que le otorga las fuerzas necesarias para no caer en el pesimismo existencial y el anonimato

¹³ Resulta interesante observar cómo en la literatura aparecen imágenes como estas: el delincuente, el asesino sabe que puede invocar a Dios, que encuentra en Él un espacio, un diálogo, incluso una ayuda, para su propio interés. Si bien, podemos cuestionar la dimensión moral de los hechos, es incuestionable el principio de fe que está allí presente, el que sin duda debe crecer en comprensión, pero quiero destacar el hecho de la fe como un punto inicial para cualquier proceso de conversión.

¹⁴ Cfr. DA, 259



social, tan propios de los nuevos tiempos. Entrega una fuerza, dada en la identidad de un pueblo, que lo hace protagonista de la historia¹⁵. Así, el que se involucra, no se implica sólo por el momento, y su acto lo hace relucir ante la comunidad, haciéndolo consciente de su importancia histórica. Por ejemplo, la fiesta patronal de los pueblos, tiene en el alferazgo, no sólo el rol de una coordinación, sino que es mucho más. Está en juego la fiesta misma, se vuelve a recrear la identidad y se hace sensible la memoria. La fiesta es la actualización del parto de la significación, y el alférez y la comunidad lo saben. Su participación es clave en la continuidad de la identidad, entonces todos los presentes y ausentes le reconocen su dignidad y la importancia de su acto. Al participar como protagonista de la costumbre tanto el alférez, como la comunidad, participan de la recreación de la identidad y con ello se echa al vuelo la esperanza. Se puede seguir viviendo porque “sabemos quiénes somos e intuimos hacia dónde vamos”. Participar en el ritual, en las expresiones de la Piedad Popular, especialmente en sus momentos más festivos, es ser partícipes de la “recreación” de los sentidos, de los horizontes, tanto para la vida personal como la comunitaria. Por ello, que todos cuantos participan han hecho lo más posible para que así ocurra. Las peregrinaciones a los santuarios en los días de fiesta, a los pueblos lejanos, los diversos sacrificios, etc. son expresiones en que se explicita que no da lo mismo no ir. Ser parte es ser partícipe de la conciencia activa que genera identidad y con ello esperanza. ¡Cuánto nos falta aprender de esto en medio de nuestras comprensiones más racionalizadas del mundo!

2. La categoría del encuentro

Una palabra clave en la dimensión del discipulado, y que utiliza el documento conclusivo de Aparecida como una estructura teológica subyacente, es el término encuentro afirmando que, “*una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor.*”¹⁶ La palabra encuentro (*occursus, occurrere*) es evocadora del acto de presentación ante alguien y de lo que esto produce, es decir: implica a otro sujeto, el acto de salir hacia la otra persona y las consecuencias de esta acción. Desde la

¹⁵ Cfr. “*El santuario, memoria, presencia y profecía del Dios vivo*”, L, Osservatore Romano. Ed. Española, 22-28 mayo, 1999.

¹⁶ DA, 240

perspectiva bíblica, en los encuentros de Jesús podemos destacar dos grandes formas: por una parte, la actitud propositiva del encuentro de Jesús, y por otra, la actitud receptiva de Jesús ante la actitud propositiva de otro¹⁷. Estas dos actitudes presentes en el Maestro son las dos actitudes básicas de un auténtico proceso de encuentro: presencia y acogida. Esto produce la relación fundamental entre las personas, cuyo contacto está dado por presencias dialogantes.

El encuentro genera el acercamiento de presencias, pero que no son estáticas, pues ambas requieren del activo movimiento dado por la voluntad de presentarse ante el otro, y de acoger su presencia. En Jesús, aparecen claramente estas dos formas. Podemos afirmar que el encuentro requiere la presencia activa de la existencia, y que implica la totalidad del ser porque involucra necesariamente su existencia; pues de otra manera se produce un acercamiento de las formas, pero no de las presencias. Esta característica es clave: es presentación en el orden existencial y en la misma dimensión es la recepción. Inmediatamente descubrimos que la invitación al encuentro con el Señor esta realizada en una categoría ontológica, y está lejos de buscar establecer relaciones de superficialidad que involucran parcelas de la vida, o restringidas sólo al hacer, estableciendo así modos de contacto utilitaristas.

La Piedad Popular se desarrolla en esta dinámica de encuentro existencial porque establece el diálogo con Dios a nivel de la conciencia de la existencia. Sus expresiones más fundamentales constituyen un patrimonio de identidad que se genera en la conciencia permanente de si, haciendo que el encuentro con lo sagrado reclame siempre esta dimensión. La presencia en la Piedad Popular es una cuestión necesaria y absoluta, pues la falta de alguna de estas presencias, no concreta y profundiza la experiencia de la fe, como tampoco la dimensión de la identidad y la acogida.

El encuentro en la Piedad Popular lo podemos dimensionar en dos grandes experiencias: la que hemos estado comentando, el encuentro con Dios, y también el encuentro con lo humano. Esto último, el

¹⁷ Cfr. Algunos ejemplos bíblicos de encuentros de Jesús: La actitud receptiva del Maestro: Curación de un leproso Mt 8,1-4, La mujer pagana Mc 7,24-30, el ciego de Jericó Lc 18, 35-43. Actitud propositiva del Maestro: El llamado a Leví Lc 5,27-31, la viuda de Naím Lc 7,11-17, Zaqueo Lc 19,1-10, confesión de Pedro Mc 8,27-30.



encuentro con lo humano, también constituye un espacio existencial. Lo humano dado, en las relaciones personales y sociales, en las expresiones rituales, en las dimensiones de la razón y el afecto, etc., son integradas en la Piedad Popular. La devoción y mística popular expresan todas estas realidades de lo humano, llenándolas de significación. Las relaciones comunitarias encuentran en las fiestas de la Piedad Popular los argumentos para vivir la fraternidad y la solidaridad, al descubrirse relacionados en el parentesco más fundamental: “ser hijos de Dios” y por tanto, hermanos entre todos. El “hacer del hombre” es ennoblecido por la presencia de lo sagrado en ella. Las grandes ornamentaciones, los trabajos preparativos, los modos de organización, etc., tienen un valor que se une a la experiencia de vínculo y encuentro con Dios.

El documento de Aparecida explicita que la Piedad Popular constituye un lugar de encuentro con Jesucristo, pues posee la capacidad de relacionar existencialmente a la creatura con el Creador. A través de los actos sensibles y populares, se dinamiza esa vinculación donde se vislumbra una relación de amor¹⁸.

Al reflexionar acerca de las motivaciones del encuentro, es necesario preguntarnos por la motivación religiosa de la Piedad Popular, pues estas se inscriben en la honda sed de Dios que poseen los pobres y sencillos, y que son capaces con libertad interior de expresar, sin dejarse someter a la obligatoria privatización de la fe que ha realizado la modernidad. Hoy se plantea que existe una crisis en la fe institucional, mientras que existe un auge en la fe popular, produciéndose una paradoja entre la crisis y el auge de lo religioso¹⁹. Buscando acercarnos a las motivaciones de lo religioso en la Piedad popular, estas afirmaciones permiten preguntarnos: ¿Qué es lo que posee la Piedad popular que mantiene encendida la fe? ¿Cuál es su metodología para expresar sus motivaciones más profundas? Sin querer acabar con las respuestas, conviene hacer una aproximación desde la categoría del encuentro.

En la Piedad Popular, el encuentro tal como hemos dicho, es una categoría necesaria porque le permite mantener y guardar la

¹⁸ Cfr. DA, 256 ss

¹⁹ Cfr. Amigo, C. *Religiosidad Popular*. Ed. PPC. Madrid, 2008. pp 16.

experiencia de su identidad en una dimensión existencial. Esto se hace evidente en los diversos modos de vínculo y expresión con las manifestaciones que posee: el rito, la tradición y la costumbre, las formas de organización, etc., no son sólo modos estructurales de funcionamiento eficiente, sino que son expresión de vinculación. Pertenecer a una cofradía es “mantener un vínculo personal y existencial” Se sufre y vibra con todo lo que ello significa. Ese vínculo está lleno de significaciones que son implicantes, dando una identidad también social²⁰. Encontramos en esto la evidencia de un lenguaje significativo, que logra expresar y transmitir la vivencia de la Fe, a diferencia del lenguaje del culto formal, que no siempre logra expresar la totalidad del creer y sentir religioso, especialmente en los ambientes más populares.

La raíz que sostiene esta experiencia significativa de la fe la encontramos en la motivación del acto dialogal. Lo que está a la base es la experiencia del amor, es decir de la gratuidad. El pueblo percibe el don gratuito del amor de Dios. Un amor que es cercanía y misericordia, que se da sin condiciones, sobre la cual se establece la base de una confianza infinita; y en torno a esta, se genera la libertad y el afecto, es decir, se implica la totalidad del ser. La fe no queda reducida sólo a una elaboración racional, sino que brota de una experiencia de amor, a partir del encuentro en la dimensión personal y personal-comunitaria. Las actitudes propositivas y receptivas del encuentro, tanto en la percepción que el creyente tiene de Dios, como las que experimenta de sí mismo frente a Él, generan presencia y acogida.

Pero conviene agregar otro punto. A partir de la misma condición humana, este encuentro, tiene una necesaria expresión significativa a través del permanente y característico uso de los signos y ritos que manifiestan sensiblemente la donación gratuita del amor. Esta simbólica se encuentra en la veneración a las imágenes sagradas, en los símbolos populares, en la enorme variedad de ritos, unidos a las expresiones festivas, danzantes, de indumentarias, musicales,

²⁰ Este hecho que ocurre en la Piedad Popular, ocurre con características similares, en otras circunstancias con motivaciones diversas: el equipo de fútbol, baloncesto; una agrupación de hooby común, etc. Generan formas de vinculación muy estrechas. Algo similar ocurría con los partidos políticos, los que han fortalecida actualmente vínculos que giran más en torno a los intereses que a las convicciones.



etc. Por intermedio de estos gestos se establece un lenguaje que no hace abstracta la vivencia del amor, sino que vuelve “visible” lo invisible.

La particular veneración a las imágenes sagradas, son una de las más bellas expresiones de la significación visible de lo invisible. Son “íconos” de la presencia de lo sagrado. Dios trinitario, la Virgen y los santos “viven” en medio de la comunidad y establecen a través de las imágenes las ventanas sagradas de la comunicación y la vivencia del encuentro²¹. Bellamente dice Aparecida: *“La mirada del peregrino se deposita sobre una imagen que simboliza la ternura y cercanía de Dios. El amor se detiene, contempla el misterio, lo disfruta en silencio. También se conmueve, derramando toda la carga de su dolor y de sus sueños. La súplica sincera que fluye confiadamente, es la mejor expresión de un corazón que ha renunciado a la autosuficiencia, reconociendo que solo nada puede. Un breve instante condensa una viva experiencia espiritual”*²²

La diversidad de signos y gestos son auténticos en la medida que guardan significación profunda, es decir, en cuanto son expresiones de encuentro. De allí que ellos también se guarden en la memoria de todo el pueblo, que “sabe” cuáles son los modos que posee para establecer esta unión con el Dios de la vida²³. Estas expresiones significativas se vinculan a una fuerte dimensión contemplativa. Hay en cada uno de estas expresiones espacios para el silencio que abre al ser humano al diálogo con Dios. Aún en medio de las danzas y el fuerte sonido de la música, el creyente, el bailarín, guarda el diálogo interior

²¹ Es interesante observar en este punto la cercanía de este modo de comprensión de la imagen religiosa por parte de la Piedad Popular a la teología del ícono, pues en esta teología se descubre cómo lo sagrado penetra lo cotidiano, y lo cotidiano se infunde en lo sagrado. Cfr. Fitzurka. C. *Religiosidad Popular y espacio sagrado. El ícono en la teología oriental*. En: *Teología y Vida* v44.n2-3 Ed. PUC. Santiago. pp. 250-264.

²² DA, 25

²³ Todo proceso de acompañamiento pastoral en la Piedad Popular debe tener esmero en la comprensión y cuidado de la dimensión simbólica, pues de otra manera, aún con las mejores intenciones, podría dañar o falsear este rico patrimonio. Así mismo, se debe animar procesos de mayor conciencia de esta riqueza y su significación profunda, para evitar la manipulación de la misma Piedad Popular por parte de tendencias que desean que ella exprese la dimensión lúdica y festiva de la persona, pero no la fe que esta guarda y posee.

que es la oración entre el Hijo y su Padre, expresado en las oraciones simples y profundas, entre el devoto y la Madre del Señor, entre el devoto y los santos, cuya base es la vivencia del amor que sabe que es gratuito. El amor trinitario encuentra en estas manifestaciones un “sólido fundamento” para mostrar su grandeza y gratuidad.²⁴

3. Las categorías de acogida y experiencia

En el análisis de algunas categorías que resultan importantes para la evangelización, transmisión y penetración de la fe en la profundidad de la totalidad del ser humano, y que se encuentran presentes en la Piedad Popular, demos una mirada a las categorías de experiencia y acogida, tan propias del requerimiento humano, y por tanto cristiano.

La categoría de acogida (*acogere*) refiere a ese acto de la persona consistente en tomar algo para introducirlo o hacerlo próximo a sí. En referencia a la categoría del encuentro, este tomar tiene por objetivo llevar al otro hacia sí. Esto es acogida: dar un espacio en la propia existencia a la existencia del otro. Por otra parte, la categoría de experiencia (*ex perenne*) implica el concepto de permanecer. A través de ella, el sujeto hace la permanencia en algo o alguien, pero que tiene consecuencias en la persona. De esta forma podemos comprender la vinculación que existe entre la acogida y la experiencia; pues de hecho no hay una auténtica experiencia sin una verdadera acogida.

En la vinculación de las personas y comunidades, la acogida y la experiencia, son absolutamente necesarias para los procesos de integración, vida e identidad común. En los modos modernos de vivir, estas categorías tienden a ser comprendidas de manera no existencial, es decir, la acogida y la experiencia la podemos comprender a modo de una vinculación que no involucre la profundidad de la persona. Hoy, tenemos la tendencia a establecer relaciones pragmáticas y consumistas del otro, es decir, son vinculaciones que tiene por objetivo favorecer el interés del proyecto individualista y pragmático. Esto tiene

²⁴ Cfr. DA, 240. La experiencia del amor se vuelve significativa en la contemplación del misterio del amor gratuito de Dios visiblemente presente en la dimensión kenótica del Verbo. Es admirable observar la gran devoción en la Piedad Popular que se experimenta frente a la imagen de Cristo crucificado.



su origen al ir negando progresivamente la dimensión ontológica de la persona.²⁵ La acogida y experiencia sumergen a las personas en un verdadero y profundo diálogo, porque no es posible permanecer en el otro existencialmente sin establecer el contacto dialogal, que nos permite expresarnos en la frecuencia del ser.

La acogida implica la apertura de recibir al otro con la totalidad de su identidad, y estar dispuesto a la interacción que su presencia producirá en la persona que acoge. Podemos entonces afirmar que el encuentro requiere de la necesaria actitud de acogida. Pero bien sabemos que, las relaciones profundas, requieren de un surco hondo en la tierra de la existencia. Esta hondura la va produciendo la experiencia; el permanecer en el encuentro y recepción del otro, produce la huella de su propia geografía humana en la personal. Sólo esto genera una experiencia que marca, haciendo fecundar una identidad común y que es propia.

La acogida y experiencia, se viven en la piedad popular, a la manera del encuentro, en el marco de la totalidad de la expresión humana que implica afectos, razón, gestos, palabras y silencio. Todo ello engendra un diálogo de amor en el Amor, abarcando la totalidad del ser. Así, toda la vida en la experiencia del amor se detiene y dialoga en la verdad de su condición: desde la virtud, la santidad y la presencia del pecado; desde los triunfos y las derrotas; desde los anhelos y los temores. El todo del misterio del hombre ante y en el todo de la totalidad de Dios. Se experimenta la “desigualdad ontológica” pero a la vez la cercanía filial absoluta.²⁶ La totalidad de la vida es la que se hace presente.

La experiencia de ser acogidos por Dios

Estas dimensiones existenciales, se viven en torno a las diversas experiencias de la Piedad Popular, en una conciencia permanente de la percepción de ser “recibidos por Dios” que espera siempre a sus hijos. El santuario se vuelve ícono de esta espera amorosa por parte de Dios, el que se experimenta como un misterio que lo supera, y que

²⁵ Cfr. Ruiz de la Peña, J. *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*. Presencia teológica 49. Ed. Sal Terrae. Santander, 1988. Pp 166-175.

²⁶ Cfr. DA,259

se vive en las dimensiones mismas de la universalidad, al sobrepasar las dimensiones del barrio y de la familia, experimentando la acogida en el seno de la Iglesia.

La acogida de Dios se vive como un encuentro provocado y sostenido por el amor. Aquí, el creyente, sabe que Dios lo ama, en una lógica de razones que sobrepasan las razones puras, para abrirse paso a los argumentos del corazón. Este amor lo conmueve: experimenta la grandeza del Dios cercano y la pequeñez del hijo confiado. Esta acogida por parte de Dios, vivida ontológicamente, constituye la base de una auténtica espiritualidad popular, cuya expresión mística genera un modo legítimo de vivir la fe y sentirse parte de la Iglesia.²⁷ La persona, al verse acogida por Dios, se vuelca hacia Él en la totalidad de sus sueños y temores, de sus inquietudes y proyectos, en la totalidad de sus éxitos y fracasos, descubriendo que Dios que se ha manifestado en su historia, y que revela la plenitud de su querer salvífico en Cristo. Desde esta acogida en la dimensión de Dios y del hombre, la creatura adhiere en libertad para ir haciendo la permanencia en la presencia transformante del Verbo. De esta manera, la permanencia de Dios en las cosas de los hombres, va “transfigurando” en el rostro de la santidad de Cristo, la vida del creyente que se ha vuelto discípulo.²⁸ Aquí existe una certeza de amor que evidencia, que precisamente en el amor es donde radica la plenitud del encuentro, la acogida y la experiencia²⁹.

La experiencia de la acogida en el seno de Dios y en los brazos de la Iglesia, requiere ser vivida en todas las dimensiones de la vida de la comunidad creyente. El aporte de la Piedad Popular es muy importante, porque ella ha sabido realizar la integración del dato de la fe con la experiencia sensible de la misma. Y si bien, estas síntesis nunca están acabadas porque están siempre en maduración, desde la mística popular se hace la experiencia de acoger a Dios en la realidad de la historia, sin huir de ella, o tocarla de manera superficial.

²⁷ Cfr. DA, 263,264

²⁸ Cfr. *Novo Millennio Ineunte*, 30

²⁹ La dimensión de espiritualidad en la Piedad Popular es un importante aporte para su comprensión desde el Documento conclusivo de Aparecida, y en esta perspectiva hay mucho que profundizar. Cfr. Ordenes, Marco. *Piedad Popular*. Colección comentarios a Aparecida, 9. CELAM. Bogotá, 2008.



La experiencia de acoger y ser acogidos por el otro

La Piedad Popular fue en algún tiempo criticada por considerarla un intimismo que desvincula de la preocupación social, sin embargo al profundizar en ella, se descubre que contiene un hondo sentido fraterno y comunitario. La experiencia de acogida por parte de Dios, dispone el corazón del creyente a realizar la experiencia de acoger al otro, pues se descubre la necesidad de responder en la misma dinámica de gratuidad. Del horizonte de Dios, que el hombre y la mujer vislumbran en la Piedad Popular con tanta claridad, surge una verdadera valoración de la dignidad de la persona, el respeto por la vida y el particular cuidado hacia los más necesitados, como también la necesidad de compartir lo poco que se pueda tener. En los ambientes festivos se generan diversos modos de compartir solidario y verdaderos ambientes de paz, a pesar de constituir muchas veces grandes multitudes. En el peregrinar hacia los santuarios, se produce un permanente ejercicio de solidaridad que invita a prolongarse en la actitud del peregrino más allá de la fiesta.³⁰

Otra dinámica relacional y de acogida comunitaria es la expresión de celebrar juntos la fiesta y el rito. Esto puede ser vivido a modo familiar o grupal, a través de cofradías y hermandades. Una imagen permanente de esto es la peregrinación al santuario, donde la gran mayoría acude en grupos familiares, agrupaciones de diversos tipos, generando espacios de permanente convivencia. Esta experiencia de fe comunitaria fortalece un culto en las mismas expresiones: todos tienen una participación vinculante, distinguiendo el orden jerárquico de ella, pero que no afecta la relación de todos. En la dinámica de la expresión popular todos tienen un lugar y nadie puede sentirse excluido. El requisito básico de participación es la apertura a la identidad común vivida en la expresión de fe popular. Por ello, que el migrante y forastero también es acogido y unido a la celebración. Muchas instituciones de carácter benéfico surgen de las expresiones

³⁰ Algunos hermosos ejemplos se ellos se ofrecen en la peregrinación de Toluca al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, México. La gente en el camino le va ofreciendo a los romeros que comer y beber, y entre ellos mismos comparten el alimento. Otro ejemplo a destacar es la experiencia del compartir que se realiza en las fiestas patronales andinas, donde todos ayudan con sus recursos al alférez pasante, el que a su vez, se preocupa que todos puedan comer en el banquete de la "Boda", hermosa imagen de un banquete fraterno y mesiánico.

de Piedad Popular, y esto no es nuevo, ha sido tradicional que las grandes agrupaciones de cofrades, asumieran responsabilidades en el campo de la atención a los enfermos, educación y otras formas de solidaridad.

La acogida del otro va generando la conciencia de la identidad personal, pero a la vez la maduración creciente de la identidad comunitaria. Esto es una fuente de creciente desarrollo de la conciencia social, pues se descubre que los dramas del otro, sus pasiones, son también las mías y las de la comunidad. De esta formas los enfermos, los privados de libertad, los necesitados, se vuelven prioridad constante a raíz de una memoria creciente de que somos pueblo, y como pueblo creyente hermanos y solidarios.

Conclusiones

Al reflexionar sobre las categorías de identidad, encuentro, acogida y experiencia, hemos intentado formular la importancia que estas poseen en el proceso de la evangelización y maduración de la vida cristiana, y cómo estas están verdaderamente presentes en la expresión de la Piedad Popular.

La piedad popular, tiene sus raíces en una dinámica existencial y demanda esta misma profundidad a todas sus expresiones. No es posible pensar en una auténtica piedad popular, vivida en la superficialidad de las expresiones. En esto consiste el tesoro que la Iglesia posee en ella: que guarda en la fe de Jesucristo el corazón de los humildes y sencillos, abriendo las puertas al diálogo de la Fe a nivel de la conciencia personal y comunitaria³¹. Cuando se buscan los caminos para la renovación de los procesos evangelizadores para la América latina y el Caribe, no es posible considerar a la Piedad popular como un elementos secundario o de adorno festivo para los momentos masivos de la expresión pública de la fe cristiana y católica; porque si bien estas expresiones son masivas y populares, a la vez son profundamente personales y contemplativas.

³¹ DA. 258



En la piedad popular las categorías de identidad, encuentro, experiencia y acogida, tan propias y necesarias del itinerario formativo del discípulo misionero³², están totalmente presentes y actuantes porque constituyen una presencia en el orden del vínculo ontológico, que genera una integración profunda del misterio de la presencia de Dios en la vida personal y comunitaria de los creyentes, haciendo palpable al Señor en la historia. En la experiencia de la Piedad Popular hay una verdadera confesión de fe que se vuelve testimonio ante una sociedad que intenta excluirlo. De allí que resulte necesario seguir buscando caminos de integración, de acogida, valoración y respeto para esta expresión de espiritualidad cristiana, que está en el corazón de nuestros pueblos; pero que aún no parece tener el lugar debido en el corazón de nuestras formulaciones pastorales.

³² DA, 278